



Federico Giannini. Archivo: Federico Giannini Aranda, 2006.

FEDERICO GIANNINI, EL NIÑO INMIGRANTE

Francisco no quería hacer el viaje solo y mucho menos sabiendo que su destino se encontraba empotrado al otro lado del planeta. Sí, viajar le resultaba interesante pero no perdía las esperanzas de llevar consigo a su amigo Federico, compañero leal e infaltable a la hora de iniciar juegos o tramar alguna nueva travesura. Para cumplir sus propósitos, Francisco acude invariablemente a sus padres solicitándoles una vez más colaboración plena. Ni el señor Pierini ni su mujer deseaban denegar o contradecir la voluntad de su hijo, además, éste se hallaba próximo a dejar la casa y pasarían un buen tiempo sin verlo. Los padres de Francisco asienten nuevamente ante los ruegos de su vástago y sabedores de la entrañable amistad que los ligaba con los Giannini tratan de satisfacer tamaña solicitud. Es así que ambos se dirigen al hogar de Giuseppe y Rosa Giannini con la intención de convencerlos de las bondades y demás provechos que recibiría el pequeño Federico al realizar aquella aventura recorriendo cientos de kilómetros hasta llegar a Sudamérica. Durante horas de análisis y discusiones, de puntos a favor y en contra, los Pierini finalmente logran obtener el consentimiento de Rosa, con la única condición de que pasado un tiempo razonable Federico retorne a Italia. A pesar de haber conseguido una respuesta favorable por parte de su madre y de encontrarse próximo a realizar un viaje de aventuras insospechadas, Federico empezó a sentir cierta melancolía al observar en detalle los viejos y descascarados muros de la casa en Bagnaia. Algo no cuadraba bien y le era difícil saberlo. Ya en su hogar, cuando se disponía a preparar el equipaje y organizar por última vez su habitación, el niño de 13 años tuvo un vago sentimiento de congoja al contemplar el rostro tranquilo de sus hermanos; Giacinta, Anna y Carlo. Los miró a los ojos para retener sus respectivas imágenes con precisión, de manera que por muchos años estas se conservarán claras y demorasen en ser absorbidas por el paso impostergable y corrosivo del tiempo. Federico se estaba despidiendo, sin saberlo, de su madre, de sus hermanos y de la vieja casa de Bagnaia. Ya no iba a regresar.

El viaje se realizó sin pormenores. Los dos muchachos abordaron el barco que los trasladaría hasta las costas sudamericanas nostálgicos por dejar a sus familias pero también expectantes por el futuro que les esperaba en el otro continente. Francisco era mayor que Federico por cuatro años, sin embargo, esta diferencia no se hacía sentir en ningún momento. Los amigos se entendían a la perfección y se prestaban colaboración mutua. Cada cual sabía ser responsable de sus propios actos y no era necesario recordarles las dimensiones colosales de la empresa que estaban realizando. A pesar de tener todo meticulosamente calculado, en Bolivia, los planes e ideas, concebidos con paciencia y razonamiento en Italia, cambiarán bruscamente. Francisco

presente que en esas tierras alejadas de casa estaba llamado a servir al Señor. Convencido y seguro de lo que hacía, opta por vestir sotanas y estudia con severidad los evangelios. Su ingreso al Convento Franciscano de Tarata, en el valle central boliviano, se materializa sin dar marcha atrás. En cambio, Federico se hallaba deambulando solo, y ante la carencia de perspectivas y posibilidades concretas de hallar trabajo, empieza a desarrollar en su cabeza alguna idea para retornar a Italia. Al final, después de caminar sin dirección determinada, consigue la oportunidad para volver a su hogar. Regresaría acompañando a un italiano, quien había estado residiendo en Bolivia por mucho tiempo. El día del viaje llegó y cuando todo hacía pensar que el joven estaba listo para iniciar su retorno, una sorpresiva ausencia de éste dejó a su acompañante viajando solo y desconcertado. Federico consigue emplearse en el mismo convento donde su amigo Francisco estudiaba teología, allí pasará largas temporadas trabajando en el coro del templo. Así, mientras uno se preparaba para ejercer el sacerdocio y el otro estaba enfrascado en diversas actividades laborales, el tiempo transcurría sin dar concesiones. Federico era ya un hombre formado con la rigidez de la vida dura. Su aspecto había mudado de un niño travieso y candido al mismo tiempo, al de un adulto serio con el bigote recortado en los extremos y una incipiente calvicie. Ahora trabajaba para el Hospital Viedma en la ciudad de Cochabamba bajo la dirección del galeno Rigoberto Mendoza. Pero el italiano quería ventilar sus pulmones con el aire del campo y sus ánimos se empezaban a cansar de los ambientes cerrados y fríos del hospital. Así, inquieto por darle otro rumbo a sus actividades, Federico deja el nosocomio dispuesto a administrar las estancias del señor Gerardo Arandia en la provincia Tiraque. En este apacible lugar, rodeado de vastas campiñas y exuberante naturaleza, conocerá a María Esther, joven agraciada que por ese entonces se hallaba paseando por las tierras de su padre. La muchacha cochabambina no tardará en su sucumbir ante la galantería del italiano y el 2 de marzo de 1916 contraerán nupcias. La dicha de la pareja se extendió aún más con el nacimiento de sus seis hijos: Blanca, Olga, Julieta, Marietta, Humberto y Federico.

Federico se hallaba satisfecho. Había consolidado un hogar y ahora éste dependía de su correcta administración y liderazgo. Durante los años de residencia en Bolivia adquirió un gusto especial por la vida campestre. Gozaba de la propiedad que tenían en los Yungas de Vandiola y hasta se hizo miembro activo de la Junta de Propietarios de esa tranquila y hospitalaria región. La vida le sonreía y él no paraba de hacer promesas a su descendencia. A menudo les decía que haría hasta lo imposible porque todos vayan a estudiar a Italia. Sobre todo ahora que había restablecido el contacto con su familia a través de la correspondencia epistolar. Además, cada vez que podía intercambiaba charlas amenas con su afable amigo Francisco, quién desde hace poco conducía con orgullo y responsabilidad el Arzobispado de La Plata. Federico Giannini se sentía satisfecho y su ánimo por seguir viviendo corría a velocidades raudas. Tanto, que empezó a desoír los consejos y advertencias de quienes le guardaban afecto y simpatía.

El 14 de enero de 1925 amaneció gris y con lluvia permanente. La corriente de los ríos estaba por desbordarse y las diferentes veredas comunales se hallaban incomunicadas. A pesar de esto, Federico montó su cabalgadura y haciendo caso omiso de los avisos y recomendaciones de parientes y amigos se lanzó a toda prisa para cruzar el río. Quería llegar a tiempo a la reunión de la Junta de Propietarios porque, según él, ya era hora de obtener la resolución por parte de los miembros para la construcción del puente. Federico no llegó a la cita. Su caballo fue embestido por las iracundas aguas y él fue depositado en el fondo del río. Su cuerpo fue hallado a un kilómetro del lugar. El velorio de sus restos se llevó a cabo en la casa de la familia Sahonero. Al día siguiente fue sepultado en el pequeño cementerio de San Pablo de Vandiola ante el dolor de su familia y la amargura y pesar de la comunidad entera. Francisco, el eterno amigo de la infancia y juventud, anoticiado de la tragedia, envió una carta escueta hasta Bagnaia dando cuenta de la trágica desaparición de su compañero de aventuras.